

Hannah Arendt: el totalitarismo y sus horrores (última parte)

LA GUERRA MUNDIAL Y LA PROPAGANDA COMO CATALIZADORES DEL ORIGEN DE LOS
REGÍMENES TOTALITARIOS

*H*annah Arendt considera a los regímenes totalitarios como producto de la configuración de acontecimientos históricos extraordinarios; es por ello que atiende a la descripción de los procesos de la historia europea que condujeron a la desmoralización de amplios estratos de la población y a la formación de la conciencia histórico-patológica que tanto satisfacía a los demagogos, charlatanes y aventureros políticos deseosos de convertir a las masas en un instrumento político.

Desde el punto de vista de la autora de *Los orígenes del totalitarismo*, el surgimiento y la expansión del fascismo italiano, el nazismo alemán y el bolchevismo soviético están vinculados a las reacciones por los excesos catastróficos de la Primera Guerra Mundial. Al igual que los revolucionarios profesionales del populismo ruso, los futuros jefes del totalitarismo alemán, antes de empezar su carrera política, vivieron dramas personales que los desviaron de su camino habitual y los obligaron a vincular su trayectoria individual con la vida pública. Fue así como se pusieron al servicio de

aquellos movimientos, cuyas causas los llevaron a querer dirigir a sus pueblos e incluso a la humanidad.

La Primera Guerra Mundial provocó en esa gente, anclada en el chovinismo, un sentimiento embriagador de sacrificio y esperanza por servir a lo que consideraban ideales patrióticos. Así fue como no sólo Hitler, sino todo el populacho fracasado, dio gracias a Dios de rodillas cuando la movilización se extendió por Europa en 1914, sin tener que reprocharse haber sido presa fácil de la propaganda chovinista o de las explicaciones falaces acerca del carácter puramente defensivo de la guerra. La élite decadentista marchaba a la guerra con la alegre esperanza de que la vida burguesa anterior, con su falsa cultura y su modo de vida preñado de hipocresía, quedara sepultada bajo el “huracán del acero”. Como dijo Thomas Mann, la guerra fue el “castigo” y la “purificación”. Más: “fue la guerra en sí misma, más que las victorias, la que inspiró al poeta”. Y antes de que uno de los intelectuales que simpatizaba con el nazismo dijera: “cuando oigo la palabra cultura, mi mano espontáneamente busca la pistola”, muchos poetas europeos expresaron su repugnancia por la “cultura de basurero” y, simbólicamente, apelaron a los bárbaros, escitas, negros e indios para que la convirtieran en cenizas.



Como señala Arendt, estos estallidos del nihilismo, esta profunda insatisfacción por la hipocresía y las ficciones humanísticas de la época de la primera guerra mundial tenían su reflejo en las obras artísticas y la retórica metafísica de Nietzsche, Sorel, Rimbaud, T. E. Lawrence, Jünger, Malraux, Alexandr Blok, entre otros, que fueron los que avisaron de la decadencia europea. En mayor grado, esta misma percepción del mundo fue inherente a la generación de los soldados que regresaron de las trincheras con la sensación de angustia, la inevitabilidad de la quiebra del viejo mundo y la esperanza de transformar los valores podridos del liberalismo. Pero luego de probar los “encantos” de la vida en las trincheras, los sobrevivientes no se convirtieron en pacifistas, pues les resultaba imposible olvidar los cuatro años de pesadilla, así que se hicieron inmunes a la propaganda del código caballeresco de honor, valentía y sacrificio. No olvidaron que la guerra, además del riesgo constante de perecer en ella, conllevaba también un sentimiento de humillación de la conciencia impotente que sabe que cada cual es sólo un pequeño diente en la gigantesca rueda de la matanza. Al mismo tiempo, la guerra, como símbolo de la muerte con su arbitrariedad constante, era vista como la “gran igualadora”, y por eso se le consideraba como el verdadero padre de un nuevo orden mundial.

La pasión por la igualdad y la justicia, el anhelo por superar las estrechas líneas de clase, carentes de significado, por abandonar privilegios y prejuicios estúpidos, parecieron hallar en la guerra un escape de las antiguas actitudes condescendientes de piedad por los oprimidos y los desheredados.

(...)

La abnegación peculiar del hombre-masa aparecía ahora como un anhelo de anonimato, por ser justamente un número y funcionar solamente como un engranaje que, por todas las transformaciones, en suma, que barrieran las espúreas [sic] identificaciones con tipos específicos o funciones predeterminadas dentro de la sociedad. La guerra había sido experimentada como la “más poderosa de todas las acciones de masas” que borraba las diferencias individuales de forma tal que incluso los sufrimientos que tradicionalmente habían diferenciado a los individuos a través de destinos únicos e inalterables, podían ser ahora interpretados como “un instrumento de progreso histórico” (Arendt, 2007: 411-412).

Al inicio de su carrera política, Hitler especulaba exclusivamente sobre estos sentimientos de la “generación de trincheras”. Por paradójico que pueda parecer, la guerra aflojó temporalmente el sentimiento nacionalista de Europa: el deseo de pertenecer a la generación del frente resultó más importante que ser alemán, ruso o francés. Sin embargo, destaca Arendt, en este clima espiritual que reinaba en la Europa de la posguerra no fue inventado nada nuevo. Bakunin ya había confesado: “No deseo ser Yo, quiero ser Nosotros”, y su alumno Nechayev había pregonado el evangelio del “hombre condenado”, sin intereses personales, asuntos, sentimientos, lazos, propiedad o siquiera un nombre propio.

Los instintos antihumanistas, antiliberales, antiindividualistas y anticulturales de la generación del frente, su brillante e ingenioso elogio de la violencia del poder y de la crueldad, fueron precedidos por las pruebas, difíciles y pomposamente “científicas” de la élite imperialista, según las cuales es ley del universo la lucha de todos contra todos, la expansión es una necesidad psicológica antes de ser un medio político y el hombre ha de comportarse conforme a tales leyes universales.

(...)

Si comparamos a esta generación con los ideólogos del siglo XIX con cuyas teorías parecen tener tanto en común, su diferencia principal radica en una autenticidad y una pasión más grandes. Se vieron más profundamente afectados por la miseria, se preocuparon más de las contradicciones y se sintieron más moralmente heridos por la hipocresía de todos los apóstoles de buena voluntad y hermandad (Arendt, 2007: 413).

Esta atmósfera espiritual y social fue el caldo de cultivo de la propaganda del totalitarismo para poner fin al viejo mundo y escribir las nuevas páginas de la historia de la humanidad. Si el populacho y la élite burguesa alemana se adhirieron al movimiento nazi por su propia voluntad, la masa principal del pueblo pasó a su lado como resultado de la propaganda y la amenaza del terror. La propaganda totalitaria

necesita amenazar con la imposición del terror cuando trata de coaccionar no sólo desde fuera, sino desde dentro del ser humano. Uno de los primeros actos de los estados totalitarios fue la más descarada y monstruosa falsificación del presente y del pasado en aras de realizar las metas de un futuro glorioso.

Lo que ejerció la fascinación no fue la habilidad de Stalin y Hitler en el arte de mentir. Sino el hecho de que fueron capaces de organizar las masas en una unidad colectiva para respaldar sus mentiras con una impresionante magnificencia. Desde el punto de vista de eruditos, las simples falsificaciones parecieron recibir la sanción misma de la Historia cuando toda la realidad en marcha de los movimientos se alzó tras ellas y de ellas pretendió extraer la inspiración para la acción (Arendt, 2007: 416).

En su afán de adaptar el pasado al presente y colocarlo en función de los fines propagandísticos, Stalin decidió reescribir toda la historia de la Revolución de Octubre. La nueva versión de esta “Historia”, expuesta en el *Curso Breve de la Historia del Partido Bolchevique*, fue acompañada de la liquidación de los libros y documentos viejos, tanto como del exterminio de sus

autores y, en parte, de sus lectores. Similarmente, cuando los nazis liquidaron la mayor parte de la *intelligentsia* polaca, lo hicieron para confirmar su falsa tesis de que los polacos, en general, no tenían intelecto. Si la propaganda estalinista obligaba a los ciudadanos a que aceptaran los objetivos y normas de conducta del socialismo totalitario (pues de lo contrario, la historia los arrojaría a la cuneta del camino que conducía al comunismo, y luego los aplastaría implacablemente la carroza de hierro que corre hacia el futuro radiante), la propaganda nazi asustaba a la población con las consecuencias nefastas de ignorar las leyes eternas de la naturaleza humana, las que estarían preñadas de la contaminación de la raza germánica superior por parte de las razas inferiores. Según esta propaganda, mientras la gente observara más estrictamente las leyes de la naturaleza, sus necesidades se corresponderían más profundamente con las fuentes profundas de la vida y sus logros serían más contundentes. El mismo discurso, en esencia, fue desarrollado por la propaganda estaliniana: mientras más estrictamente se siguieran las leyes de la historia y de la lucha de clases, más adecuadamente se inscribirían las acciones en la lógica de la dialéctica materialista y, por tanto, más grandiosos serían los éxitos.

Otro método de la propaganda totalitaria al que recurrían frecuentemente sus líderes fue el de las profecías autorrealizadas. El efecto propagandístico de tal predicción venía de que el “profeta” se declaraba intérprete de los resultados del futuro, a los cuales la historia tendría inevitablemente que llegar en virtud del carácter inexorable de sus leyes o como consecuencia de la lógica inevitable de la lucha de clases. Así, por ejemplo, durante su intervención en el Reichstag alemán en enero de 1939, Hitler declaró que se vio obligado a recurrir a una profecía: si los financieros judíos se atrevían a arrastrar a los pueblos a la Guerra Mundial, el resultado será la aniquilación total de los judíos en Europa. Stalin recurrió a otra profecía autorrealizada. En su discurso ante el Comité Central del Partido Comunista en 1930 estigmatizó a sus adversarios ideológicos como “divisionistas de izquierda” y “oportunistas de derecha” que expresaban los intereses de las “clases moribundas”.

En ambos casos se logra el mismo objetivo: la liquidación encaja en el proceso histórico en el que el hombre sólo hace o sufre lo que según leyes inmutables tenía que suceder de cualquier manera. Tan pronto como ha sido realizada la ejecución de las víctimas, la “profecía” se convierte en una coartada retrospectiva: sólo ha sucedido lo que ya había sido predicho (Arendt, 2007: 434-435).

Cualquier régimen totalitario tiene siempre, por lo menos en forma latente, la pretensión de dominar el mundo. Y aunque en la lucha por el poder absoluto Stalin lanzó la tesis de la construcción del socialismo en un solo país por motivos tácticos, en realidad (y toda la actividad del Komintern es un testimonio de las aspiraciones hegemónicas de la política externa del gobierno estalinista) nunca rechazó la tesis de Trotski sobre la así llamada “revolución permanente”. Para el régimen de Hitler, el análogo de la “revolución permanente” fue el concepto de “selección (racial) que nunca puede permanecer inmóvil” y que, por consiguiente, requiere una constante radicalización de las normas por las que se realiza la selección, es decir, el exterminio de las incapaces” (Arendt, 2007: 481).

La aspiración de tener la hegemonía mundial, señala Arendt, y la destrucción de la realidad social no totalitaria son atributos de todos los regímenes totalitarios; si no fuesen perseguidos como objetivos por lo menos en perspectiva, el régimen totalitario tendría que enfrentar el estancamiento interno y la amenaza de perder los logros conquistados. El totalitarismo utiliza todos los recursos del Estado a fin de realizar la política dirigida al dominio mundial y aumentar la eficacia de sus ideales dentro del país o imponerlos en los regímenes totalitarios de los estados satélites. Finalmente, el Estado totalitario construye los campos de concentración como una especie de “laboratorios” para la

humillación de la dignidad física y moral del hombre y su conversión en cenizas del *Lager*. El régimen totalitario va más allá del poder despótico sobre el ser humano; quiere y necesita el dominio mundial, y ahí, el hombre resulta inútil y superfluo.

EL TOTALITARISMO Y EL PROBLEMA DE LA BANALIDAD DEL MAL

Los regímenes totalitarios recurrieron a la coacción y al terror incluso cuando alcanzaron sus objetivos ideológicos, y sólo ahí donde la violencia llegó a ser total, la propaganda se hizo excesiva. No es sorprendente que en la cima de la manifestación del dominio del Estado totalitario esté el campo de concentración. En el contexto de la mentalidad totalitaria esta institución siniestra se considera como el medio “razonable” de la lucha contra los adversarios: si los reclusos son “liendres” y “gusanos”, entonces nada es más lógico que el exterminio de estos “insectos” en los crematorios del gas mortífero. El *Lager* no sólo aspira máximamente a igualar a los presos, borrando cualquier manifestación de su individualidad humana, sino a limitar la solidaridad entre los compañeros de la desdicha cerrándolos en la jaula de su propia soledad. Si en el mundo totalitario cualquier actividad humana se convierte en trabajo, en las condiciones del campo el trabajo desaparece, el

trabajo se reduce a un esfuerzo puramente mecánico, dirigido a la conservación de la existencia biológica elemental. La destrucción de la individualidad y la autonomía personal es el paso último y concluyente en el camino del dominio total sin límite: la transformación de la persona en un simple ejemplar del animal humano o lo que es peor, en el “musulmán”, un “cadáver ambulante”.

La indefensión absoluta del ser humano ante la arbitrariedad totalitaria es la consecuencia de la ruptura entre el castigo y el crimen, la reducción del trabajo hasta el nivel inútil y sin sentido que le destina a una muerte lenta. Esta máquina administrativa de la destrucción humana funcionaba



eficientemente en virtud de que la dirigían “funcionarios abnegados”, cuyo símbolo siniestro llegó a ser Adolf Eichmann, quien en mayo de 1960 fue detenido en Argentina por los agentes de los servicios secretos de Israel, y en abril de 1961 se empezó un proceso judicial en su contra, en el cual estuvo presente Hannah Arendt como corresponsal de la revista *The New Yorker*, quien más tarde editó su libro *Eichmann en Jerusalén* sobre la base de los reportajes judiciales.¹ En muchos aspectos, el contenido del libro complementa y profundiza las ideas contenidas en *Los orígenes del totalitarismo*.

Arendt afirma categóricamente que la criminalidad nazi no debe ser identificada con los delitos tradicionales y, por

1 Después de la publicación de sus primeros reportajes, Hannah Arendt fue sometida a una reprobación severa por parte de los círculos judíos sionistas. Según Richard Bernstein, “Se le acusaba de ser antisionista, antisemita; una ‘auto-denigrante judía’ que con malevolencia deformaba los hechos; una ‘desalmada’, una ‘arrogante’, una ‘irresponsable’ que trivializaba el Holocausto y el asesinato de millones de personas con su ‘lema’ la banalidad del mal. Incluso algunos de los amigos más próximos de Arendt llegaron a escandalizarse y a renunciar a su amistad. Transcurrid[a]s casi cuatro décadas desde la publicación de *Eichmann en Jerusalén: un informe sobre la banalidad del mal*, todavía hay gente que no le perdona el haber publicado un libro tan ‘escandaloso’. Sus razonamientos han sido ‘refutados’ una y otra vez; pero, a pesar de esta prolongada historia de airada controversia, el informe de Arendt sigue dando pie a renovadas reflexiones y estudios” (Bernstein, 2008: 45-46).

consiguiente, que el mal radical no tiene que ser deducido de los “motivos humanamente comprensibles”. Sin embargo, el concepto del “mal radical” que hace la existencia del ser humano superflua, no significa que de él se puedan deducir las intenciones y los motivos de los crímenes del régimen totalitario. En el epílogo del libro, Arendt anota:

Lo más grave, en el caso de Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron y siguen siendo terriblemente y terroríficamente normales. Desde el punto de vista de nuestras instituciones jurídicas y de nuestros criterios morales, esta normalidad resultaba mucho más terrorífica que todas las atrocidades juntas, por cuanto implicaba que este nuevo tipo de delincuente –tal como los acusados y sus defensores dijeron hasta la saciedad en Nuremberg–, que en realidad merece la calificación de *hostis humani generis*, comete sus delitos en circunstancias que casi le impiden saber o intuir que realiza actos de maldad² (Arendt, 2009: 276).

Arendt no quiso decir que Eichmann ignorara que enviaba a la muerte a millones de hombres, mujeres y niños. No era un estúpido. Por el contrario, fue bastante listo e inventivo en su “trabajo”; realizaba la deportación de millones de judíos en los campos alejados del exterminio, cuando el ferrocarril estaba sobrecargado de los trenes de carga militar designados para los frentes de guerra. Sin embargo, esto no significa que Eichmann fuera un perverso o una persona demoniaca. Según Hannah Arendt, la figura de Eichmann no se subsume en la categoría de un antisemita sangriento o en la de un sádico patológico, ni tampoco fue un fanático demoniaco; en general, todas las convicciones ideológicas profundas le eran ajenas. Los motivos que dirigieron su conducta estaban en la superficie: eran banales, demasiado banales. Lo que quería alcanzar con su “trabajo”, ejecutado diligente y disciplinadamente, era ascender en la escala de las SS, agrandar a sus jefes superiores y mostrar a sus compañeros de servicio que era capaz de cumplir con sus obligaciones por ser tan seguro y eficaz como aquéllos. Justamente este acento en la banalidad de los motivos de las acciones de uno de los responsables principales del exterminio de millones de vidas humanas inocentes obliga a los lectores del libro de

2 En su carta a Hannah Arendt, Gershom Scholem, al someter a la crítica el contenido de *Eichmann en Jerusalén*, señala el carácter ilícito de deducir el concepto de la “banalidad del mal” del concepto de “mal radical”. Para fortalecer su argumento se refirió a *Los orígenes del totalitarismo* en donde el primer concepto está ausente. En su respuesta, Arendt señala: “Usted tiene toda la razón: cambié de opinión y ya no hablo del ‘mal radical’ [...] En efecto, ahora opino que el mal nunca es ‘radical’, que solo es extremo, y que no posee ni profundidad ni dimensiones demoníacas. Puede crecer anormalmente y asolar el planeta porque se esparce como un hongo por la superficie. Es ‘desafiante para el pensamiento’, como dije, porque el pensamiento trata de llegar a algo profundo, de ir hasta la raíz, y cuando se ocupa del mal, se frustra, porque no encuentra nada. Ésa es la ‘banalidad’.” (citado en Bernstein, 2006: 321).

Arendt a poner en duda la convicción (que tiene raíces muy profundas) de que existe una correspondencia entre la escala de la criminalidad y el grado de monstruosidad del criminal. Por monstruosos que hayan sido los resultados de los actos de Eichmann, él mismo no era un monstruo,³ aunque, como destaca Arendt, padecía de cierta incapacidad para formular sus propios juicios.

Un defecto más determinado, y también más decisivo, del carácter de Eichmann era su incapacidad casi total para considerar cualquier cosa desde el punto de vista de su interlocutor.

(...)

Tanto al escribir sus memorias en Argentina o en Jerusalén, como al hablar con el policía que le interrogó o con el tribunal, siempre dijo lo mismo, expresado con las mismas palabras. Cuanto más se le escuchaba, más evidente era que su incapacidad para hablar iba estrechamente unida a su incapacidad para pensar, particularmente, para pensar desde el punto de vista de otra persona. No era posible establecer comunicación con él, no porque mintiera, sino porque estaba rodeado por la más segura de las protecciones contra las palabras y la presencia de otros, y por ende contra la realidad como tal (Arendt, 2009: 77 y 79).

En sus intentos posteriores para explicar la banalidad del mal, Hannah Arendt regresó a la incapacidad de Eichmann de pensar y formular sus propios juicios. Estaba convencida de que esta irreflexión

fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo... En realidad, una de las lecciones que nos dio el proceso de Jerusalén fue que tal alejamiento de la realidad y tal irreflexión pueden causar más daño que todos los malos instintos inherentes, quizá, a la naturaleza humana (Arendt, 2009: 418).

Esta misma incapacidad de pensar, la cual conlleva la falta de responsabilidad de sus propias acciones, Arendt la ve no sólo en los ejecutores directos del crimen, sino también en los líderes de las comunidades judías, cómplices indirectos de las SS.

Entre los textos inéditos de la investigadora del totalitarismo hay un borrador de las respuestas a las preguntas de uno de los periodistas que la interrogó sobre el momento en que estos líderes habrían podido exhortar a la población judía a la resistencia. Ella le contestó:

3 Es llamativo que la misma idea la expuso Seyss-Inquart, ex gobernador nazi en Holanda, en el proceso judicial de Núremberg. "Existe un límite para la cantidad de gente que se puede matar por odio o por el gusto de la masacre [he aquí la referencia al fanatismo o al sadismo], pero no hay límite para la cantidad que se puede matar de manera fría y sistemática en nombre del imperativo categórico militar". Por consiguiente, comenta Tzvetan Todorov, de quien procede la cita, "La explicación no debe, pues, buscarse en las características del individuo sino en las de la sociedad que impone tales 'imperativos categóricos'. La explicación será política y social, no psicológica o individual" (Todorov, 2004: 133).

Nunca existió un momento en el que los líderes de la comunidad pudieran haber dicho "dejen de cooperar y luchan", como usted dice. La resistencia, que existió pero tuvo escaso alcance, solo significó: no queremos esa muerte, queremos morir con honor. La cuestión de la cooperación es sin duda molesta. Sin duda hubo un momento en el que los líderes judíos podrían haber dicho: ya no vamos a seguir cooperando, vamos a intentar desaparecer. Este momento pudo haber llegado cuando los nazis les pidieron a esos líderes, ya plenamente conocedores de lo que implicaba la deportación, que preparan las listas para la deportación. Los propios nazis les indicaron el número y las categorías de los que tenían que ser enviados a los centros de la muerte; pero quién era enviado y quién tenía una oportunidad de sobrevivir, eso lo decidían las autoridades judías. Es decir, los que cooperaron se convirtieron en un momento dado en dueños de la vida y de la muerte. ¿Puede imaginarse lo que significó eso en la práctica? (citado en Bernstein, 2008: 54).

Contrariamente a las opiniones de algunos líderes judíos que justificaban su colaboración con los nazis por considerarla preferible a entregar el pueblo al genocidio entero, Arendt piensa que hubiera sido mejor dejarles a los nazis la empresa de la organización de las matanzas, como, por ejemplo, lo hizo Adam Czerniaków, presidente del consejo de los judíos de Varsovia, quien prefirió el sabotaje y finalmente el suicidio al cumplimiento de los órdenes nazis.⁴

Por supuesto, no sólo la colaboración con los verdugos, sino la responsabilidad moral de los así llamados “espectadores” –la

4 Al refutar la tesis de Hannah Arendt de que si no hubiera existido la colaboración de los consejeros de las comunidades judías con las SS, la cantidad de víctimas del Holocausto hubiera sido considerablemente menor, Sygmunt Bauman admite, no obstante, que la colaboración con sus enemigos empedernidos y asesinos tenía cierto grado de esperanza, basada en una intención racionalmente comprensible: sobrevivir. “Los nazis habían movilizad todas sus fuerzas operativas para combatir contra la cada vez mayor presión rusa y no se podían permitir atender a las necesidades de la Solución Final con sus propios hombres uniformados. En esa ocasión, aceptaron que necesitaban el trabajo de los judíos. Se responsabilizó a los Judenräte de todas las tareas que exigía la preparación del asesinato. Tuvieron que proporcionar listas detalladas de los residentes del ghetto destinados a la deportación. Primero, tenían que seleccionarlos. Después, tenían que conducirlos a los vagones de tren. En caso de que alguien se resistiera o se ocultara, la policía judía tenía que buscar y encontrar al obstinado y forzarle a que obedeciera. Los nazis limitaron su función a la de observadores” (Bauman, 1998: 181).

mayoría callada de la población alemana–, cuya coparticipación condescendiente había sido la premisa inalienable de la realización del crimen masivo llamado “la Solución Final”, agravaba el destino trágico de los presos del Auschwitz y Dachau. Con este motivo, Hannah Arendt escribió:

Debido a que la sociedad respetable había sucumbido, de una manera u otra, ante el poder de Hitler, las máximas morales determinantes del comportamiento social y los mandamientos religiosos –“no matarás”– que guían la conciencia habían desaparecido (Arendt, 2007: 428).

Sin embargo, la responsabilidad del pueblo alemán por el genocidio ejecutado por el régimen totalitario, desde el punto de vista de Arendt, no significa la extrapolación de la culpa a todos los alemanes por el exterminio de seis millones de judíos, y para ello refuta la concepción de la culpa colectiva, porque en la práctica, ahí donde todos son culpables, nadie es inocente.



CONCLUSIONES

Los trabajos de Hannah Arendt publicados en los años cincuenta y sesenta provocaron intensos debates vinculados con la consolidación semántica del concepto totalitarismo y su aplicación a las características de diferentes tipos de regímenes antidemocráticos. Sin embargo, la expansión de dicho término fuera de sus límites conceptuales determinados, sobre todo en la práctica de la propaganda ideológica, llevó a que el adjetivo “totalitario” se aplicara no sólo a los regímenes de Pinochet, Franco, Mao Tse Tung o Pol Pot, sino también a las relaciones feudales de Japón, a las formas del gobierno autocrático de la Rusia prerrevolucionaria e incluso a regímenes dictatoriales que se liberaron de la dependencia colonial. Los faraones, los emperadores chinos o los gobernantes del Estado Inca fueron alistados en la categoría de totalitarios. De modo análogo, algunas obras de contenido filosófico-político (y en primer lugar *La República* de Platón, *Leviatán* de Hobbes o *El contrato social* de Rousseau) empezaron a ser denominadas como “totalitarias”. Tal confusión semántica en el uso de dicho término condujo inevitablemente a la desvalorización de su sentido explicativo. Por otra parte, Raymond Aaron le reprochó a Hannah Arendt el carácter metafísico excesivo y el esencialismo, así como el aislamiento en su análisis de la práctica real de los nuevos regímenes totalitarios que sustituyeron a los modelos paradigmáticos. Esta crítica condujo a que los autores posteriores dedicaran sus esfuerzos a la búsqueda del modelo totalitario, basándose principalmente en criterios cuantitativos y empíricos, y transformando las definiciones teóricas de Arendt en unidades taxonómicas y estructuras tipológicas.

El análisis filosófico-político realizado por Arendt marca indudablemente un hito en el camino del reconocimiento del totalitarismo como uno de los fenómenos más siniestro de la historia mundial, que, sin embargo, tiene raíces históricas y metafísicas que ponen en duda el carácter radical de las formas anteriores de la reflexión filosófica y política. La totalidad de las manifestaciones de la crueldad, arbitrariedad y burocratismo desalmado inherentes al poder totalitario superó los horizontes tradicionales del pensamiento filosófico, y el radicalismo del planteamiento del problema por parte de Hannah Arendt estimula de una manera nueva a evaluar y a comprender muchos acontecimientos y fenómenos de la civilización, la política y la cultura. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah (2007), *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus.
- Arendt, Hannah (2009), *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Debolsillo.
- Bauman, Zygmunt (1998), *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur.
- Bernstein, Richard (2006), *El mal radical. Una indagación filosófica*, México, Fineo.
- Bernstein, Richard (2008), “La responsabilidad, el juicio y el mal”, en Bifulés, Fina *et al.*, *Hannah Arendt, el legado de una mirada*, Madrid, Sequitur, pp. 45-64.
- Todorov, Tzvetan (2004), *Frente al límite*, México, Siglo XXI.